LIBRO VIGESIMO PRIMERO.

Tres dias despues de aquellos sucesos Nezáhual tomaba el camino de Tenochtitlan. Allí saludando á Fuenleal y Zumárraga, sin más detenerse, llevaria sus pasos á Santa Fé. Iba solo sin Ecuangári, al que dejaba en Texcotzinco. Habia llegado el tiempo de que las visiones de Valencia se cumpliesen, y el Texcocano llevaba en el corazon terribles tormentos, porque la voz de Dios urgia cada vez pidiendo el sacrificio, y el amante al pensar en Papan sentiase abrumado de una lástima indecible.

Delante de ambos pastores el hijo de Ayauhcíhuatl narró las aventuras de su viaje, y él escuchó despues felices nuevas, con que Zumárraga decia el éxito de sus afanes en la corte de los reyes, en pró de los nuevos

cristianos, y el triunfo completo sobre sus enemigos. Habia mandado la Reina que viniesen muchos apóstoles á la Nueva-España. Más y más operarios de los que obedecian á Valencia ó de los que á Betanzos habian por padre, entraban ya á confirmar la fé de los nuevos creyentes, y otra tercera legion era recien venida, la de los que se tenian como los hijos del Santo Agustin, patriarca entre los Cristianos; era esa legion de hombres que vestian negra ropa, toda de sabios y entendidos en ciencias; muchos venian destinados para las gentes del sublevado reino de Michoacan á donde Don Vasco habia partido. En Tlatelolco iban á sentarse maestros que enseñasen á los aztecas la lengua sagrada de los sacerdotes, para que los neófitos mejor conociesen la fé del Dios excelso; y tambien ordenaba la *gran Señora* se diese todo amparo y proteccion á la nueva ciudad de *Santa Fé*, y que Don Vasco partiese luego á Michoacan, porque el muy amado de los indios sabria sin duda dejarse oir de aquellas gentes.

Al escuchar tan prósperos anuncios Nezáhual olvidó sus dolores, y no queriendo detenerse partió presuroso á saludar á sus hermanos.

Cuando el Príncipe descubrió sobre la desmontada colina el multiplicado caserío, se maravilló, porque no habian pasado tantas lunas para que la ciudad de Don Vasco hubiese prosperado así. Al apróximarse vió

que nuevas viviendas estaban dispuestas en órden, y muy recien labradas, con huertos y jardines donde ya descollaban entre los rosales de Castilla los perales y manzanos en cierne, y crecian otras plantas y hortaliza, y arbolillos que no eran de Anáhuac; porque el buen *tlatoani* gustaba mucho de que sus neofitos naturalizasen en su suelo las maravillas y dones de Dios Padre, que las hizo, decia el anciano, para el regalo de todos sus hijos. Nezáhual cruzando por las nuevas calles admiraba el recato y compostura de las doncellas, que sin mirar á un lado ni á otro bajaban á la fuente para llevar el agua, ó iban silenciosas al *teocalli*; los adolescentes hacian la siega en los vecinos campos, y los que tal vez pasaban junto á los viejos, descubrian sus cabezas y no habia en su porte la altivez juvenil; todos los ciudadadanos en el vestir iban uniformes, no conociéndose quién por su hacienda superase á otro. Apénas el Texcocano entró á la morada del Pastor y fué reconocido de Tlótzin y Mayéhua y otros de sus amigos, las campanas del *teocalli* pusieron en feliz alborozo la pacífica colonia, y acudieron á darle la bienvenida todos los que sabian de sus servicios á *Santa Fé*. Con estas demostraciones Nezáhual sintióse como retribuido de todos sus trabajos. Empero Don Vasco no parecia para que lo abrazase con señalada predileccion: estaba ya en Michoacan, y se sabian sus triunfos y que allá fundaba otra *Santa Fé*. El padre Alonso de Bor

a quedó entretanto como pastor del venturoso pueblo; el Príncipe reconocio en él á uno de esos sacerdotes del muy santo Agustin; era uno de aquellos que se aprestaban en Sevilla para éstas regiones, con el que departió no pocas veces el Texcocano cuando á allí aportó con Zumárraga. El Misionero á su vez reconoció al Peregrino y sabedor de todo el bien que le merecia la Colonia no se cansaba de decirle:—"Tú has hecho mucho en pró de esta porcion escogida de tus hermanos. Nuestro Señor Jesucristo ha de dar el gaje y el gozo á tu corazon porque has cooperado con todas tus fuerzas á que su santa fé sea exaltada entre tus hermanos."

El Acólhua estaba enternecido al presenciar cuántos eran los de Anáhuac, de los othomites, de los chichimecos, de los de Michoacan y otras muchas naciones, que tenian por padre á Don Vasco, lleno de los favores de Dios invisible. Aquellos se llamaban hermanos, y en todos era de verse la paz del alma que la doctrina del Dios *muerto*, que ponian por obra, les hacía lograr: dóciles y atentos los niños y adolescentes, llenas de compostura y pudor las doncellas, más amorosas las madres, y afables los varones y los ancianos; á todos habia inspirado el hombre del cielo la mansedumbre de su corazon,

Obligado el Príncipe á permanecer unos dias en la colonia dió en breve á conocer la virtud de su alma, y

sus hermanos lo reputaron como el *cihuacoatl* (1) más digno que pudiera tener su pueblo. Todos le rogaban quedase con ellos para siempre; y cuando el Acólhua, "voy á sentarme—les hacía saber—en la estera nupcial con la princesa hija de Atotóchtli que aguarda mi regreso," los de Santa Fé le decian: "si tu fueses como los *teopíxqui blancos*, que todo lo dejan para servir al Dios *muerto* haciéndonos bien á nosotros, estarias con nosotros al ménos trece lunas, é irias despues á sentarte en la estera nupcial; porque si luego tomas esposa ¿cómo podrás asistir á nuestros hermanos enfermos en la casa de asilo, y enseñar á los chihimecos y othomites las cosas santas, cuando se vé que todos los dias vienen de las montañas á pedir el baño sagrado para quedarse á morar con nosotros?"

Esto le decian muchos de Anáhuac que ya dejaban los dulces amores para servir mejor á sus hermanos y agradar al Cristo, y á quienes Don Vasco y los otros misioneros confirmaban en tan generosa resolucion. Nezáhual al oir eso creia escuchar la voz del Dios invisible y despertarse en el fondo de su alma una lucha desesperada de amor por amor.

Los nuevos Cristianos añadian:

(1) Magistrado.

"¿Qué doncella habrá de las que han recibido el agua santa y aprendido la doctrina de los *teopíxqui blancos*, que no consienta en diferir el dia de sus bodas, para que entretanto el que ha de ser su esposo haga muchos bienes que agradan al Dios muerto en el madero y consuelan á sus hermanos."

Nezáhual dijo entónces:

"Estoy anuente á morar con vosotros al ménos trece lunas por servir al Dios *muerto*. Os ruego solo me dejeis avisarlo á los mios; pasados pocos soles aquí estaré de vuelta con Ecuangári que ha quedado en Texcotzinco."

El Príncipe volvió, pues, á la morada de la hija de Atotóchtli y dió á saber su extraña resolucion. Papan la escuchó sin que asomase á su semblante el trastorno de su alma herida cruelmente. A Tezozomoc dijo aquel: "Vos habeis sido siempre el padre de Jocótzin mi hermana, á vos os la encomiendo: yo voy á Santa Fé á servir al Dios invisible hecho hombre y muerto por nosotros."

Admirado el hermano de Ayauhcíhuatl, dejaba partir á su sobrino sin detenerlo.

Nezáhual se volvió á Santa Fé con Ecuangári, mas ya sin temer nada para la hija de Atotóchtli, porque Maxtlaton ó sería muerto ó quedaria para siempre encadenado en los calabozos. Pero Papan al ver partir al hermano de Jocótzin sin que una palabra saliese

de su boca, como en otros dias, para hablarle de su próxima felicidad, se quedó entregada al desconsuelo más amargo.

Ya en Santa Fé Nezahual, rogado por el Padre. Alonso de Borja, entró luego con Ecuangári, su inseparable amigo á regir la dichosa república. El Dios Crucificado y la Vírgen su madre, á quienes el Príncipe habia ofrecido el sacrificio de su corazon, dieron á su sencillo siervo maravillosa recompensa, con la prosperidad á que llegó la colonia en los días de sus fatigas. El Padre Alonso decia siempre si hablaba del Acólhua: —"En vano yo quedaria en Santa Fé si ser pudiese que á Nezáhual fuese conferida la potestad de los sacerdotes: entónces todo lo dejaria en sus manos, porque él es y no yo el padre de este venturoso pueblo: me iria á buscar á los chichimecos y othomites que no han visto aún ni sabido el don de Dios y cómo ha visitado ya en su misericordia á las gentes occidentales."

Los chichimecos y othomites dejaban las montañas y venian de lejanas tierras para agregarse á la República, y fué probado entónces todo lo que puede la verdadera creencia del Dios invisible y muerto en el patíbulo, para la felicidad de los pueblos. La memoria de Nezahualcoyotl pareció perderse, y cuantos oyeron de aquel reinado feliz por boca de los ancianos, decian á una:—"¡Cuánto es de más hermoso esto que vemos hoy

en Santa Fé, donde uno de los nietos del gran monarca nos gobierna en nombre del Dios víctima! ¡Oh si no fuese uno, mas muchos en todo Anáhuac los pueblos que rigiese Nezahualpílli. Este es como un *teopíxqui* de Castilla, pues que aun conoce las cosas de allá por sus propios ojos, y ha departido con el gran Señor de los blancos, y con el mismo *gran Sacerdote* del verdadero Dios, que en Roma tiene su trono!"—Mas eso decian, porque Nezáhual, devorando su incesante pena, se entregó á ser todo de todos para agradar al Dios *muerto* y á la Vírgen Santa María. Junto con Ecuangári explicaba dia y noche á los recien venidos, la suavidad y dulzura ó la inconcebible grandeza y majestad del Dios invisible, hecho hombre y muerto en el signo sagrado de la cruz, y los tiernos misterios de la Vírgen Santa. Pero á los ya iniciados en esas verdades y regenerados en el Espíritu, les hablaba de las delicias de la caridad y de la mansedumbre que el *tatli* Don Vasco queria para sus hijos los de Santa Fé. Era sobre todo en el asilo de los enfermos y los mendigos donde el nombre del Texcocano resonaba con entrañable agradecimiento, y era allí donde el amante de Papantzin sentia dulcificarse la amargura de su alma.

Allí, en medio de un pueblo, donde las flores de los jardines y los frutos de los huertos eran para el altar de María, y para sus fiestas y la del signo de la Cruz,

que instituyó Don Vasco, y las cosechas de las heredades y las riquezas de los graneros, para todos los de la República, y los ágapes de los primeros tiempos de la ley de Cristo se renovaban, y no habia más grandes fastos que los de Dios y de la Vírgen, fué donde por fin el Acólhua se resolvió al sacrificio entero de sus amores para hacer en otra parte lo que Don Vasco habia hecho allí y hacía ya tambien cerca de la corte de Huitzitzila. No era dado empero ni al buen Oidor ni al favorecido neófito hacer las maravillas que los hijos de Ignacio, pasados años, harian con naciones enteras del Mediodía, en los bosques del Uruguay y Paraguay: Dios vedaba á los guerreros blancos sujetar esas gentes, y allí podrian otros apóstoles fundar un reino como no lo vió ni Roma ni Grecia. Mas en Anáhuac otro género de alabanza quiso Jehováh: dos víctimas le fueron aceptas; por ellas dió la salud á muchas gentes del Nuevo-mundo.

¡Musa! ya es tiempo de que refieras de cual suerte movió el cielo el ánimo del Acólhua, para que procediendo los sucesos fuese al fin consumado el sacrificio.

Una "pintura de papel doblado," como llamaban á una carta los Aztecas, que Don Vasco remitió á Nezahualpílli y á todos sus hijos los de Santa Fé desde la otra que fundaba junto á la corte de Huitzitzila, comenzó á inspirar al Principe que se decidiese al entero abando-

no de sus amores, en honra del Cristo; el Texcocano la recibió de mano de uno de los neófitos del nuevo pueblo: ella parecia de aquellas que Pablo dirigia á sus discípulos hijos de Grecia; decia así:

"La gracia de Nuestro Señor Jesucristo Crucificado, á quien conocemos y servimos por su misericordia, ha hecho que los trabajos de este siervo inútil, en el reino de Huitzitzila, sean abundantemente recompensados y tengan el fruto y usuras muy á su principio. Dóciles, vuestros hermanos se someten al yugo suave de Jesus, y ya tenemos otra *Santa Fé* que, plegue al Señor, ha de prosperar como esa en la que morais junto á Tenochtitlan México."

"Hijos, no os olvideis de mi enseñanza: criad á vuestro pequeños en el santo temor: sed mansos y sufridos aseados y laboriosos: cuidad de nuestros pobres los que están en el santo albergue curándose de sus dolencias, y de los huérfanos que el Señor ha querido poner bajo nuestro amparo."

"A mi muy querido hijo Nezahualpílli deseo toda la gracia del Altísimo, para que cada dia sean mejores sus obras y con ellas glorifique al verdadero Dios entre los suyos. Busca el reino de Dios, hijo mio: pon á ganancias los talentos que recibiste en mayor suma que los demás, y el céntuplo te será dado. No pongas coto á los impulsos de tus buenos deseos, ni te parezca mucho

cuanto puedas hacer en pró de nuestro Dios; porque la recompensa siempre excederá la medida."

Esta carta hizo entrar á Nezáhual en reflexiones profundas. El enamorado neófito creyó escuchar la voz de Dios en los consejos del *tlatoáni* santo que adivinabas le parecia, las penas y los combates de su corazon. Con más afan invocó entónces al Cristo y á la Santa Vírgen y, al fin, un suceso hizo servir Jehováh para que el neófito saliese de sus irresoluciones.

Hacía pocos meses que el Padre Luis Borja, hermano del Padre Alonso, habia llegado de Castilla. Más jóven, de gallardo aspecto y ardoroso espíritu, no era de creer cómo abandonó las delicias de la vida por lo, trabajos de los misioneros de Anáhuac. Desde que llegó á Tenochtitlan, sabedor de las maravillas que la mansedumbre y la misericordia obraban en Santa Fé, se habia venido al lado del Padre Alonso, para vivir feliz en medio de los nuevos fieles que recordaban los dorados tiempos de Juan y de Pablo. Pronto el Padre Luis amó á Nezáhual y admiró los afectos del magnánimo azteca hácia el Dios *víctima* y la Vírgen Santa María. En las pesadas horas de su pena buscaba el Príncipe al jóven sacerdote para oir sus consuelos y consejos, que eran, decia aquel, perlas muy finas, blancas y escogidas. Mas el Misionero guardaba para el neófito el arcano de su historia, y cuando Nezáhual le hizo confianza de su secreto, observó en el semblante del tierno *teopíxqui* cierta sorpresa cuyas causas no pudo penetrar. Entretanto el Padre Luis, destruida su salud en el servicio de sus neófitos y con el influjo del extraño clima, nocivo para el que dejára las costas de la Bética, cayó enfermo, y muy presto se le llegaron los postreros dias. La frescura y juventud del jóven anduluz breve quedaron marchitas, pero su espíritu parecia vivificado en medio de la consuncion de su carne. Alegre, festivo y ya como con los fulgores de la inmortalidad, de que no cesaba de hablar al Acólhua, miró llegar sereno la hora postrera; sintió que esta llegaba, y sólo con el Príncipe, rompiendo el silencio y con el acento del que se vá para el gran viaje:

"Nezahualpílli, amigo y hermano mio,—le dijo,—es llegado el momento de que te hable lo que te oculté siempre, por si de algo te fuere en pró la veloz historia de mis dias que van á acabar."

"Nacido no léjos de Málaga á orillas de los mares, y dichoso siempre en la casa paterna, donde las virtudes debiamos respirarlas mis hermanos y yo, porque nuestros padres eran como santos, no hallé tropiezos nunca en mis serenos dias ni faltó á mi alma cuanto pudiera contentarla. Salido de la niñez sentí la necesidad de amar, y el ángel de mis amores al punto se me presentó."

"No léjos de nuestras heredades vivia una familia semejante á la nuestra en su fortuna y costumbres. Cuan-

do desperté al amor, allí estaba Isabel: pura, cándida y amable, que me amó desde que mis ojos la revelaron mis primeros afectos. Delicia de sus padres y de los mios y el blanco de mi ventura, era ella para mí el único tesoro; ella me amó con el exceso de una andaluza y la pureza de un ángel."

"El dia de nuestras bodas estaba señalado, y solo quedaba buscar para mi prometida los presentes y atavíos que donarla en la fiesta nupcial. Marché al gran puerto á donde llegan de todas partes las riquezas del Mundo, y obligado á permanecer un breve tiempo, quiso mi buena estrella que me encontrase con dos jóvenes malagueses amigos de la infancia.—"Tú buscas con ansiedad—me dijeron ellos cuando les anuncié mis próximas bodas,—la ventura terrestre que luego se disipa, pero nosotros somos más dichosos, porque vamos al Nuevo-Mundo á enseñar á los infieles la ventura eterna."

"Aquellas palabras y el contento envidiable de mis hermanos, que ya se contaban como en posesion de los bienes de arriba, y se regocijaban de servir á su Dios, me hizo pensar en dejarlo todo para ganarlo todo. El ejemplo de muchos caballeros que seguian el consejo de Jesucristo, entre ellos dos navarros, Francisco de la noble casa de los Javier, é Íñigo de Loyola, estimulaba mi emulacion, y ya entónces no pensé sino en cómo po-

dria libertarme de la palabra de un hombre de pró empeñada á la enamorada Isabel. Volví á nuestras posesiones ocupado el ánimo de mis deseos, resoluciones y embargos que les obstaban. En la casa paterna notaron la mudanza de mis afectos, pero nada oyeron de mi boca. Yo confié sin embargo al silencio de mi aposento involuntarias exclamaciones, y estas las percibieron mis criados: el nombre de Isabel y el de Jesucristo pronunciados entre otras palabras en medio del desahogo de una lucha oculta, lo revelaron todo. A pocos dias, Isabel simuló llamarme para tratar de nuestras bodas, y cuando fuimos solos me dijo:—"Comprendo las causas de la mudanza de tus afectos, y mal conoces los sentimientos de una mujer que estima la piedad y los sacrificios que ceden en honra de Dios. ¿Por qué dudas descubrirme lo que ya no está oculto? Tén aliento, Luis, y alístate entre los dichosos que dejan la tierra para ganar el cielo. Nada temas por mí, porque si Isabel te ama, ama más á su Dios y los fechos que ceden en pró de su gloria."

"Esas palabras, dichas con serenidad y firmeza, me llenaron de júbilo, porque el cielo estaba de mi parte. A Isabel la bendije, y vuelto á mi casa lo descubrí todo. Mis padres loaron á Dios, y yo partí á Sevilla para presentarme á pedir el hábito de los Agustinos."

"Presto hice los solemnes votos ante un concurso numeroso de asistentes. Libre desde ese dia de los lazos